

MENTIRAS SOBRE SEBASTIAN Y SU LORO

Una calurosa mañana septembrina, de la mano de su padre, Sebastian visitaba el Mercado Oriental de Managua. Se abrían paso entre un gentío que atiborraba los tramos y fluía como un deslizamiento de tierra. De pronto el niño quedó, sin darse cuenta, perdido en un laberinto de gritos restallantes y empujones, aromas agresivos de cebolla y pescado, iguanas vivas con patas y boca cosidas a burdas puntadas, pegotes sanguinolentos de achiote y tomate, plásticos de colores impensables, abundancia de frutas en todas las etapas de maduración y putrefacción... un universo nuevo e incomprensible.

Bajo un sol que era una plancha de cocina gravitando sobre su cabeza fue sintiendo cómo la desesperación ganaba peso en su pecho de niño de doce años. No cejaba en la búsqueda de su padre hasta que al doblar una esquina lo reencontró y mientras avanzaba hacia él avizoró un túnel lleno de alucinantes fantasías en el fondo del cual despuntaba un loro con su plumaje chispeante, su copete amarillo (señal de que era hablador) y el oro naranja del ojo con su centro de misterio.

Con un caminar de enano el animal se acercaba a un asta de escoba y su pico de guadaña y sus garras precisas lo izaban por ella como un acróbata que va al trapecio donde se esperan sus rutinarias suertes mortales.

Tan fuerte fue la atracción que sintió al verlo que pidió a su padre comprarlo para llevarlo a casa como mascota. Por no estar seguro de que era buena idea, el padre recibió una andanada de súplicas que fueron allanando las dificultades iniciales y las consiguientes, de tal modo que el niño salió del mercado con Monimbó (que este nombre le dio como si lo tuviera preparado) después de que su padre puso el dinero en manos del vendedor. En su caja de cartón ya empezaba el loro, con los ojos muy abiertos, a acostumbrar el oído a las cadencias de una nueva lengua.

El viaje de regreso a Alemania estaba fechado para siete días más tarde, tiempo suficiente para tramitar los documentos que harían posible su salida. No hubo problemas de alojamiento para Monimbó porque un amplio jardín y una cuerda en su pata derecha le fijaron tiempo y lugar para la espera.

Transcurrida una semana, presentes padre e hijo en el mostrador de Lufthansa, las cosas avanzaban con la rutina de todos los días hasta que la



encargada del registro de equipaje pidió ver el contenido de la canasta que cargaba Sebastian. En cuanto la abrieron un pequeño esgrimista esmeralda saltó a cubierta repartiendo estocadas con la energía de quien lucha por el campeonato. La encargada, después de restituido el loro a la canasta y puesta en su lugar la tapa, se acomodó el gracioso gorrito que el susto le había desarreglado y dijo:

—Este animal no puede viajar en cabina. Podría ir en el compartimiento de mascotas, habida cuenta de que tenga en perfecto orden su documentación.

Al oír esto, traducido por su padre, Sebastian soltó un llanto de preadolescente que no acepta contrariedades. La encargada llamó al jefe de embarque para que explicara al niño y a su padre que un animal en la cabina contravenía los reglamentos de vuelo comercial de pasajeros. Sus enérgicas frases y sus argumentos solo pudieron acentuar en el niño lo injusta que era la retención de su mascota y después de media hora de obligar a su padre a enseñar de nuevo los documentos de sanidad animal y los permisos, se encontró vencido en la lidia y, concluido el chequeo, abrió su marcha fúnebre hacia la sala de embarque.

De algún consuelo le sirvió enterarse de que Ernesto Cardenal, de quien su padre era amigo y editor, había ganado el Premio de la Paz de los Libreros Alemanes, el que iría a recibir en Frankfurt tres semanas más tarde, ocasión aprovechable para llevar al niño su mascota.

Llegó el día del viaje a Frankfurt y entre el equipaje de mano del premiado iba la cesta con el loro. La calidad del pasajero (gran poeta reconocido y ministro

•
Con paciencia de tejedor
Monimbó trabajaba en
la penumbra con su pico
rozador cortando el borde
alrededor de la tapa hasta
que esta cayó a la alfombra
con un rápido planeo. •

de cultura de Nicaragua, además de presente ganador de un prestigioso premio cultural alemán) hizo que la barrera en el mostrador de la aerolínea desapareciera.

Ernesto y su acompañante tenían asignados asientos en la primera fila de turismo, al pie de la pantalla del cine, con amplio espacio al frente para acomodar la canasta, facilitándose así, sin molestar a nadie, la vigilancia de Monimbó.

El avión de cabina ancha se desplazaba con la serenidad que se alcanza en las grandes alturas y la atmósfera del interior producía en el pasaje una vacilante somnolencia. Solo un leve pero insistente rasguñar disonaba en el aire sin ser advertido.

Con paciencia de tejedor Monimbó trabajaba en la penumbra con su pico rozador cortando el borde alrededor de la tapa hasta que esta cayó a la alfombra con un rápido planeo. El loro inició un vuelo que desplegó un súbito manto de histeria sobre los pasajeros más cercanos. Daba, sin cesar, ásperos gritos selváticos mientras chocaba una y otra vez con respaldos y cabezas moviendo sus alas con tanta energía que parecía que despresurizaría la cabina. El acompañante de Cardenal y tres miembros de la tripulación corrían tras el ave que se movía con mucho más acierto y velocidad que ellos. El capitán, después de dar un vistazo, cerró la puerta de los mandos (tal vez asustado por la posible irrupción del loro allí) y usó los altavoces para pedir calma. La persecución de Monimbó se prolongó por unos minutos interminables hasta que la sobrecarga, una aterciopelada morena alta y elegante, lo entrampó como sándwich entre dos almohaditas y consiguió neutralizarle los picotazos.

Entonces surgió el problema de soltar a Monimbó del cálido abrazo de su captora para acomodarlo en sujeción por el tiempo que faltaba de un viaje que apenas iba en la mitad. Por más que se buscó jaula o caja en toda la nave no fue posible hallarla. En los picotazos a Monimbó le iba la vida, y la furia y el pánico le crecían como su pechuga con las plumas cada vez más erizadas. Un elegante pasajero que resultó ser psiquiatra sugirió aplicarle una inyección para tranquilizar enfermos mentales que llevaba en su maletín de mano, otro ofreció su corbata Armani para envolverlo como momia y una dama enseñó su chal de cachemir con propósito semejante. La idea salvadora vino de Ernesto, quien recordó que al atardecer se cubrían con una tela oscura las jaulas de los tucanes y de los pájaros cantores de su jardín que quedaban en silencio a partir de ese momento. Ofreció su chaqueta negra para que después de meter a Monimbó en la destapada canasta se la cubriera con ella y el pájaro pudiera entrar en su fase de sueño. Así el vuelo pudo arribar a Frankfurt sin más incidentes. ■

.....
William Agudelo (Colombia)

Colombia, 1943. Músico, escultor y poeta, se radicó en Nicaragua en 1966. Allí colaboró con Ernesto Cardenal en la fundación de la comunidad religiosa de Solentiname. Trabajó como director de artes visuales del Ministerio de Cultura de Nicaragua. Publicó el libro-diario *Nuestro lecho es de flores*, traducido al alemán y al inglés, dos libros sobre la Revolución nicaragüense y numerosos poemas en revistas y diarios.